

El pueblo que despertó “El Mono”

POR ÁLVARO GÄRTNER



Geremías Ramos “El abuelo” del taller de Herencia Cultural de Mosoca, Cauca. Primer encuentro de expresiones autóctonas, Festival Mono Nuñez, 1996. Don Geremías pertenece a la comunidad Páez de San José, Cauca
Foto: Jorge Mejía- Funmúsica

Durante muchos años, Ginebra, en el Valle del Cauca, vivió ignorado. Era uno más entre los varios pueblecitos que forman islas techadas de barro en el inmenso mar de caña dulce que es la llanura atravesada por el Cauca yá de los indígenas precolombinos. Dormía una siesta que parecía secular; era como si el tiempo no transcurriera allí. Los días se sucedían uno a otro y sólo las campanadas domingueras, que convocan a la feligresía a pedir y a agradecer a Dios, hacían las veces de parsimonioso calendario local.

Poco se sabía de Ginebra, incluso en el cercano Buga. Apenas sí figuraba en los mapas, en los cuales se le ve recostado a las primeras estribaciones del páramo de Las Hermosas, que maravilló en 1832 al sabio francés Boussingault con su penacho de nieve que podía verse desde varias millas a la redonda. Esa nieve desapareció en algún momento, pero los vientos que bajan en las noches aún refrescan de las canículas diarias y esparcen los cotilleos de los pocos acaeceres locales.

Trazado con rigurosa cuadrícula española, Ginebra es un pueblo de calles anchas, más de lo que cabría esperar en una urbe de su tamaño. La amplitud del valle geográfico no permite concebir cosas estrechas. Durante decenios esas calles permanecían vacías la mayor parte del tiempo y sólo eran atravesadas por ocasionales caminantes, quienes sin afán se dirigían a sus quehaceres; uno que otro perro desafiaba el sol reverberante sobre la tierra apisonada, que hacía las veces de cemento, y el vehículo más común era la

bicicleta, que llevaba a cada pedaleante a la casa, a la plaza, a la escuela, al cañaduzal o al cultivo de uva. Ninguno alteraba la plácida siesta que parecía dormitar al pueblo todo.

En aquel entonces Ginebra estaba situado a unos cinco kilómetros de la vía a Cali, por una carreterita destapada que culebreaba por el paisaje circundante. Pero muy pocos desviaban su camino para llegar hasta allí, pues casi todos los viajeros ignoraban que ahí se hallaba uno más de los pueblecitos vallecaucanos. Ginebra era un Tibet tropical.

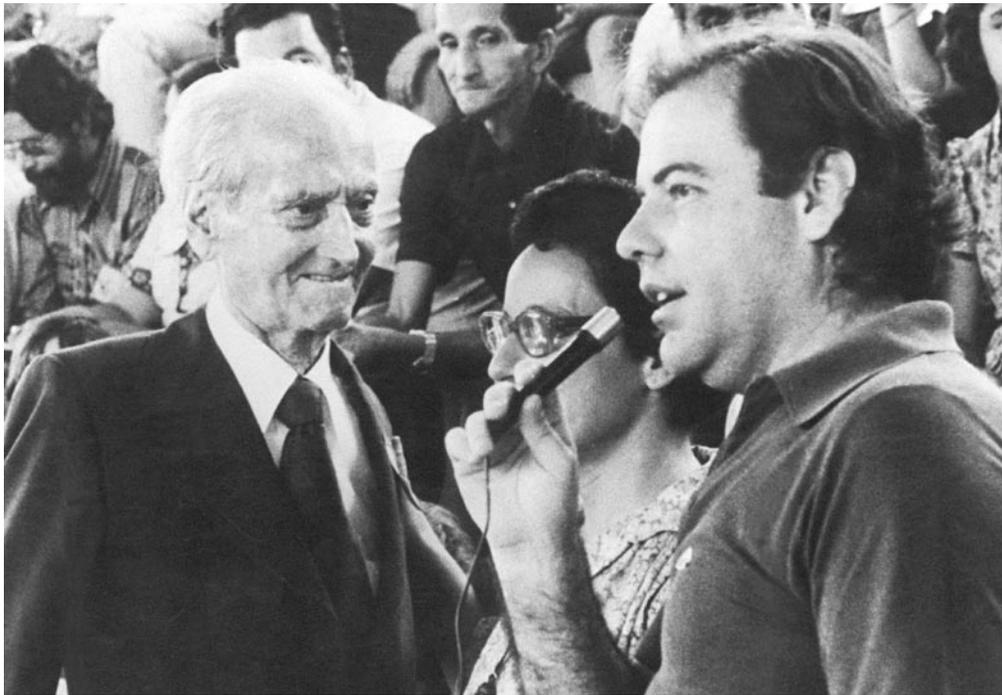
Y FUE LA VERNÁCULA

Pero, como todo en la vida, la siesta no podía ser eterna. La de Ginebra no fue interrumpida en 1969 por los pasos de sor Aura María Cháves cuando llegó a dirigir el colegio La Inmaculada Concepción, pues le habían enseñado a caminar en silencio. Su presencia se notaría cuatro años más tarde, cuando comenzó a fraguar la idea de hacer un concurso de música andina colombiana. A su gusto por la “música de cuerda”, como nuestra gente denomina la instrumental autóctona, tal vez le pareciera excesiva la quietud del pueblo, aún para su propia disciplina monacal. Había que despertarlo con una serenata.

Su idea encontró eco en el profesor Luis Mario Medina, quien ya en 1973 había educado a varias generaciones ginebrinas. También se entusiasmaron sor Ana Luisa Osorio y sor Virginia Lahidalga, profesoras del colegio. Ésta última lleva la música en el alma, pues nació en Riosucio, Caldas, donde todo



Álvaro Gärtner:
Periodista y conferencista, editor de Gaceta Dominical de El País de Cali, investigador de cultura popular y de temas de historia, Conferencista y Secretario ejecutivo de Funmúsica.



Benigno "Mono" Núñez y Gerardo Arellano

Foto: Funmúsica

Dormía una siesta que parecía secular; era como si el tiempo no transcurriera allí.

se resuelve por nota; y lleva el arte en la sangre, pues su padre fue un torero español que quiso terminar sus días en la población caldense, y la madre descendía de una familia que en el siglo XIX se ganó merecida fama de retratista en la pintura regional.

Sañadores como casi todos los maestros de pueblo, cuya imaginación rebasa con mucho el casco urbano, los cuatro de La Inmaculada Concepción quisieron hacer las cosas por todo lo alto. No se conformaban con una convocatoria local, pues querían ejecutar algo con resonancias intensas. Ginebra comenzaba a despertar con tanto ruido.

A la primera convocatoria al Concurso de Música Vernácula de Ginebra, que se llevó a cabo en 1974, respondieron unos treinta participantes de Cali, Buga, Palmira y Cartago, algunos

de los cuales darían luego de qué hablar: el dueto de Lucho y Nilhem y el tiplista Gustavo Adolfo Renjifo serían sus figuras más destacadas. Se presentaron en el caluroso salón de actos del colegio organizador, que se abarrotó durante tres días con un público que vibraba en silencio con las canciones y estaba pendiente del fallo del jurado, del cual hacían parte los compositores José A. Morales, Helena Benítez de Zapata y Graciela Arango de Tobón, así como el programador de televisión Arturo de la Rosa. Se había comenzado por todo lo alto. Entre los asistentes figuraron dos ministros de Estado, el gobernador del Valle, el alcalde de Cali y un senador. Era mucho más de lo que se hubiera esperado para un certamen de pueblo que apenas empezaba.



Catedral y plaza principal de Ginebra

La respuesta de jurados, concursantes y público tiene explicación: había un vacío espiritual enorme entre los amantes de la música colombiana, que ya no tenían dónde escucharla. Aún se sentían los efectos de los años sesenta y su propuesta de globalizar la música bajo los signos del rock y de la balada, que arrinconaron lo ancestral. Comenzaba a aparecer una nueva tendencia, la salsa, que sólo satisfacía las apetencias lúdicas de fin de semana, pero no aportaba nada estético. La idea de tres monjitas y un maestro de pueblo de llamar a los cantores de la raza fue como si un viento de recuperación hubiera soplado en las almas de quienes acudieron al llamado. Brotó una nueva esperanza y así lo entendieron hasta los gobernantes de la época. Tanto ruido se transfor-

mó en música y la música llamó la atención.

DIFICULTADES QUE NO FALTAN

Tan feliz comienzo no bastó para ocultar el cúmulo de problemas que el certamen había causado, aun cuando fuera algo local: nadie tenía experiencia en organización y no había recursos suficientes para atender los gastos. Sin embargo, el optimismo que dejó el primer experimento insufló seguridad a quienes ayudaron a la directora y a los profesores de La Inmaculada Concepción a organizar La Vernácula, como durante muchos años llamaron los ginebrinos a su concurso, muchos de ellos sin conocer el significado de la palabra.

La clase dirigente de Ginebra estaba conformada en aquel en-

Soñadores... los cuatro de La Inmaculada Concepción quisieron hacer las cosas por todo lo alto.

Fueron las niñas y adolescentes quienes contagiaron a sus padres el entusiasmo de los



Foto: Funmúsica

Sor Ana Luisa Osorio, Sor Virginia Lahidalga y Luis Mario Medina

tonces por un puñado de agricultores ricos, dueños de haciendas cañicultoras, vinícolas o ganaderas que habían pertenecido por generaciones a sus familias. Estas familias tenían todas lazos de sangre, cercanos o lejanos. Se comportaban en ocasiones como una aristocracia rural a la usanza española: metódicos en sus proceder, aferrados a la tierra, con existencias hechas al ritmo local, indiferentes en apariencia, tradicionalistas, solidarios y anfitriones abiertos y generosos.

Cuando sor Aura María y sus compañeros se propusieron hacer el concurso, la mayor parte de esos terratenientes tenía hijas en el colegio organizador. Fueron las niñas y adolescentes quienes contagiaron a sus padres el entusiasmo de los maestros. Ello bastó para que el concurso tuviera respaldo, y el sueño de los educadores tomó alas. Sin embargo, no hubo la misma reacción popular. Bien fuera porque el pueblo recelara que se trataba de algo de los ricos, bien porque pensara que sería flor de

un día, bien porque los bambucos y los pasillos se habían ya desarraigado del espíritu colectivo urbano, aunque en los campos cercanos aún había campesinos que echaban sus cuerdas al aire.

DEL COLEGIO A FUNMÚSICA

Al año siguiente, La Vernácula fue otro éxito, con los parámetros del primero: un concurso regional con jurados nacionales y capacidad de convocatoria departamental. Gente de toda clase fue hasta Ginebra atraída por el hecho insólito de que iban presentarse unos artistas que interpretaban música pasada de moda. Las gentes del pueblo se sorprendían al ver a conocidos ejecutivos caleños acercarse con tanta ansiedad al auditorio colegial.

Esa segunda versión dejó tantas inquietudes como satisfacciones: el concurso amenazaba con salirse de las manos de sus organizadores, quienes estaban en la población para educar a las niñas y no para hacer certámenes musicales; quienquiera asumiese ese papel carecía de experiencia; ya no se podría vivir de la caridad colectiva,



Foto: Funmúsica

que es episódica y no permanente; y había que involucrar a todos los habitantes en el proceso del Festival. En ese momento, cuando aún no pasaba de ser un experimento, había que pensar en echar unas bases sólidas capaces de sostener un crecimiento rápido para satisfacer la necesidad espiritual estética de un público huérfano de música andina.

Pero había personas que no vivían en Ginebra interesadas en colaborar con la organización del concurso. Eran ejecutivos de diversas empresas con sede en Cali, que bien podían respaldar el certamen. De esa manera, fue constituida la Fundación Promúsica Nacional de Ginebra, Funmúsica, que relevó a sor Aura María Cháves, sor Ana Luisa Osorio, sor Virginia Lahidalga y Luis Mario Medina en el montaje del siguiente concurso. El ruido fue total y sus ecos llegaron a otros lugares. La idea de los nuevos directivos era no sólo organizar el certamen, sino difundir la música autóctona, pues era necesario crear otra vez el gusto colectivo por bambucos y pasillos, danzas,

guabinas y torbellinos. Como ellos mismos habían perdido el contacto con ese tipo de música y fueron a un concurso de colegio para restablecerlo, concluyeron que muchas personas tenían las mismas carencias, pero no podían suplirlas.

Una manera de otorgarle identidad al concurso fue darle un nombre conocido por todos, en especial por los ginebrinos. Surgió entonces el de Benigno Núñez, músico por entonces septuagenario, que nunca había salido de Ginebra. Formidable bandolista, tenía en su haber unas pocas composiciones, que no habían trascendido por falta de interés personal y de divulgación ajena. Era don Benigno un hombre alto, flaco hasta el límite de lo imposible; tenía la cabeza redonda coronada por una aureola de cabellos rubios que se negaban a encanecer; los ojos azules, saltones y vivaces, que miraban con malicia, y una actitud festiva ante la vida. Todos en el pueblo lo llamaban el 'Mono' y él mismo solía decirle a la gente: "No me diga don

el concurso amenazaba con salirse de las manos de sus organizadores, quienes estaban en la población para educar a las niñas y no para hacer certámenes musicales;

...a lo autóctono le fue abierto un espacio en el cual se puede aprender de músicos tradicionales campesinos



Grupo Sol Nacer

Foto: Jorge Mejía- Fundación BAT Colombia

Benigno; dígame don 'Mono'. Un médico le sentenció: "Usted no es Benigno, sino Maligno". Aparte de sus pocas o muchas condiciones musicales, Núñez era el último sobreviviente de un grupo artístico que floreció en Buga desde los años veinte, el cual estaba conformado por cantores bohemios, guitarreros, tiplistas y bandolistas. Manuel Salazar, Eduardo Salcedo Ospina, más conocido como 'Eddy Salospi', y su hermano Ernesto, fueron los guías que introdujeron al 'Mono' en los vericuetos de la música y el trasnócho.

De ese grupo que gozó la vida hasta la muerte, o hasta la ruina económica, surgieron los más bellos bambucos y danzas compuestos en el centro del Valle del Cauca en los primeros años de la centuria pasada: Bejucos, Los arrieros, Chifladuras y otros dan fe de un movimiento musical que aún no ha sido estudiado en profundidad. Esas canciones, de alguna manera, protegieron a los

habitantes de Buga, Tuluá, El Cerrito, Guacarí, Ginebra y Palmira de ser arrastrados por el vendaval salsero que soplabá desde Cali y mantuvieron en estado latente el apego por los aires vernáculos.

Así, pues, Benigno 'Mono' Núñez representaba un pasado glorioso y simbolizaba el presente musical, por más que fuera sólo una figura local. De esa manera, La Vernácula cambió su nombre por Concurso Nacional de Intérpretes de Música Andina 'Mono' Núñez, y los profesores de la Inmaculada Concepción volvieron a sus labores educativas. Ginebra había despertado de la siesta y su nombre comenzaba a tener resonancias nacionales.

DE FUNMÚSICA AL TABLERO

Los problemas de recursos, de espacio, de convocatoria, de divulgación y de organización del Festival 'Mono' Núñez (llamado así en gracia de brevedad) fueron superados poco a poco con el empuje, los contactos y



Grupo Legetto vocal

Foto: Jorge Mejía- Fundación BAT Colombia

Núñez era el último sobreviviente de un grupo artístico que floreció en Buga desde los años veinte

la mentalidad empresarial de los nuevos directivos. Pero estos pronto se percataron de otro obstáculo, intangible, que, si bien no daría al traste con la nueva organización, amenazaba con trazarle un rumbo errático: ellos eran apenas degustadores de la música; la tenían en el sentimiento, mas no en el conocimiento. Con sano criterio buscaron ayuda de músicos connotados, lo cual dio lustre al certamen. A pesar de los consejos, en Funmúsica cometieron errores de criterio que durante años favorecieron a los intérpretes académicos por encima de los empíricos, por ejemplo. De esa manera, el concurso buscaba implícitamente la creación de una música colombiana de cámara más que recuperar y renovar tanto el repertorio autóctono como el académico ajustado a los patrones musicales tradicionales.

Luego de explorar durante varios años, los directivos por fin parecieron encontrar el punto en el cual se lograra tanto recuperar,

como mantener y proyectar. Y a lo autóctono le fue abierto un espacio en el cual se puede aprender de músicos tradicionales campesinos sin pasarlos por el inclemente trapiche del concurso. En ese proceso se vincularon a la fundación personas que, sin poseer formación ni aptitudes musicales, tenían conocimiento y criterio sobre el tema, lo cual evitó nuevos tumbos en el camino de la música colombiana.

DEL COLISEO PARA AFUERA

Transcurrieron los años y el proceso de organización y crecimiento del concurso tuvo un efecto contrario al buscado con relación al pueblo sede, pues sus clases populares se sintieron excluidas una vez más. Mientras los directivos de Funmúsica consideraban que muchos ginebrinos no sentían afecto por el concurso, estos respondían que no eran tenidos en cuenta. Así, pues, la relación entre el Festival 'Mono' Núñez y Ginebra ha

sido vista como una suerte de matrimonio por conveniencia: aquel es más querido por fuera y éste se beneficia de ese amor. Sin embargo, la situación puede ser más compleja si se asume que no todos los habitantes del pueblo gustaban de la música andina colombiana en 1974. De hecho, a mucha gente allí sigue sin gustarle, lo cual es comprensible y respetable. Y también debe concluirse que los esfuerzos de los directivos de Funmúsica por devolver la identidad musical tampoco podían llegar a todos los vecinos. A partir de ello, se puede ver cómo en Ginebra hay muchas maneras de celebrar el Festival, sin ser siquiera tocado ni rozado por bambucos y pasillos. Así, desde los días que preceden al certamen es claro que el pueblo despierta de su siesta colectiva y que ésta ya no parece interminable.

Durante “los días tremendos”, como llamaba Tomás Carrasquilla los de festejar, en Ginebra se nota gran actividad, que impresiona a quienes han ido allí en otros momentos. Los ginebrinos se vuelcan a las calles, se mezclan con visitantes y concursantes contribuyendo al ruido que se escucha en todo Colombia. Para algunos habitantes se trata de la parte festiva y lúdica de un certamen cultural, para otros es la oportunidad de enderezar las maltrechas economías. Lo cual indica, aunque muchos allí no lo vean, que el Festival ‘Mono’ Núñez transformó a Ginebra hasta sus cimientos. De alguna manera dejó de ser un pueblo que dependía sólo del trabajo en las fincas, pues ahora hay alguna diversidad productiva y comercial urbana.

EL FESTEJO EN LA CALLE

El ejemplo más claro es el del sancocho, que ha sido plato típico vallecaucano desde el siglo XIX. Ahora hay una variedad conocida como ‘sancocho de Ginebra’, que no difiere en nada del original, pero por el sólo hecho de ser anunciada como ginebrina le da cierto sabor exclusivo propio. Sabor a bambuco. Cuando el Festival ‘Mono’ Núñez comenzó hace treinta años, había allí una o dos ventas de sancochos atendidas por señoras del pueblo, alguna de las cuales tal vez fue cocinera en una hacienda cercana. La clientela se hallaba entre las peonadas de las fincas, los corteros de caña y uno que otro finquero que no desdeñaba la sazón autóctona. Como en aquel entonces los asistentes a La Vernácula no tenían mucho por escoger en asuntos gastronómicos, algunos fueron a dar a las sancocherías llevándose deliciosas sorpresas. Aquello fue un reencuentro cultural con lo propio a través del estómago, a impulsos de la necesidad. Hoy en día pululan los restaurantes que ofrecen ‘sancocho de Ginebra’ con grandes letreros, tanto dentro como lejos del pueblo, en lugares tan apartados como el Kilómetro 18 de la carretera Cali-Buenaventura. El negocio adquirió cierta condición social, pues algunas haciendas solariegas cercanas al pueblo, incluida la de Benigno ‘Mono’ Núñez, fueron adaptadas como restaurantes y se convirtieron en atractivos turísticos, aún en tiempos diferentes a los del Festival. Por eso Ginebra no sesteaba los domingos.

A propósito, como detrás de la comida viene la dormida,

los primeros asistentes a La Vernácula, después de acudir a las sesiones musicales, debían regresar a Cali o buscar alojamiento entre los amigos locales. En aquel entonces sólo funcionaba en Ginebra una pensión, aún hoy situada detrás de la plaza de mercado. Para suplir la carencia, las puertas de muchas casas fueron abiertas con generosidad a los visitantes, fueran o no conocidos. Pronto mucha gente vio la posibilidad de convertir sus habitaciones en hoteles improvisados y obtener ingresos extras. Con ello el Festival ‘Mono’ Núñez se convirtió en una fiesta permanente durante cuatro días, pues, cuando no había sesiones musicales, asistentes y concursantes comenzaron a mezclarse en agradables tenidas, bien fuera en esas casas, bien en las propias calles. Ha sido tan exitoso este sistema que, a pesar del turismo de fin de semana, en la población aún no hay hoteles. Y quienes arriendan sus casas han cedido a un jardín infantil de Bienestar Familiar la coordinación, de tal manera que encontrar alojamiento no sea difícil para quien llega por vez primera: basta con ir a la entidad, donde puede estudiar la oferta, corriendo a veces el riesgo de hallar tarifas de alta temporada. En el jardín recogen el dinero, se quedan con el diez por ciento, con el cual han mejorado las instalaciones, y pagan a cada propietario lo que le corresponde. Así, éste asegura ingresos extras para vivir, pagar colegios y hasta sostenerse; aquellos abren una fuente de financiación; y los turistas conocen una buena ‘cadena hotelera’ municipal.

Los ginebrinos que no venden sancocho o no arriendan sus

casas también hacen su agosto cada junio, pues unos montan ventorrillos de comida, otros organizan estanquillos ocasionales, aquellos venden artesanías, éstos chucherías, los demás helados o cerveza, o lo que sea. Es una manera de participar en el Festival sin necesidad de escuchar su música. Además, están las asociaciones del pueblo, a las que les han cedido ciertos aspectos menores de la organización, con cuyos ingresos pueden sostenerse durante el resto del año. Por ejemplo, las personas encargadas de preparar la alimentación de los concursantes, que es pagada por los delegados departamentales, tienen asegurados ingresos de buen valer, pues deben disponer por lo menos 2.100 comidas diarias. Y también están los administradores de los baños portátiles, que perciben el cuarenta por ciento de los recaudos por mantenerlos en buen estado y por vender tiquetes a los apurados usuarios.

Todo ello demuestra que el Festival ‘Mono’ Núñez transformó a Ginebra hasta sus cimientos. En 2003 se calcula que llegaron al pueblo, durante los cuatro días, unas 60 mil personas, que gastaron en comida, bebida y otros servicios cerca de 1.200 millones de pesos, que fueron a parar a los bolsillos de gran número de ginebrinos. Lo cual ratifica que donde el amor no funciona la conveniencia mantiene.

EL FESTIVAL DE LOS OTROS

Con el transcurso de los años, el Festival ‘Mono’ Núñez se ha convertido en algo más que el concurso que se lleva a cabo en el coliseo Gerardo Arellano Becerra, que sustituyó al viejo auditorio

el Festival 'Mono' Núñez es el certamen musical más grande de la zona andina y uno de los más importantes de Colombia

Página anterior: Manuel Bernal. Foto: Fummúsica

del colegio La Inmaculada Concepción. Y mucho más que las actividades didácticas que se llevan a cabo aprovechando la presencia de cantantes, músicos, directores, luteristas y campesinos. Ello se nota en el llamado Festival de la Plaza, en el cual una serie de presentaciones musicales al aire libre se llevan a cabo en el parque principal de Ginebra. Los primeros fueron organizados a mediados de los años ochenta y tenían por escenario el atrio del templo principal, con el fin de permitir a quienes no alcanzaban boletas para el coliseo degustar algo de lo que allí se presentaba. Llegó un momento en que el Festival de la Plaza fue más importante que el concurso y muchas personas dicen preferir el parque al coliseo. Aquello atrajo multitudes, y son de ver las filas de carros que tratan de llegar al pueblo, mientras los conocedores toman atajos que atraviesan los cañaduzales. Con ello el parque permanece abarrotado día y noche, convertido en ágora musical.

Los asistentes a la plaza satisfacen necesidades más lúdicas que estéticas, pero como en el Festival no se escucha sino música colombiana, poco a poco le van tomando gusto aquellos que antes no la conocían. Ello incluye a los ginebrinos, quienes de esa manera han depuesto en gran parte sus prevenciones con el Festival 'Mono' Núñez.

EL VATICANO DEL BAMBUCO

Cómo pasa el tiempo. Para ser exactos, han transcurrido treinta años desde que a sor Aura María Chaves, sor Ana Luisa Osorio, sor Virginia Lahidalga y Luis Mario Medina se les ocurrió despertar a Ginebra de su larga siesta con



Foto: Jorge Mejía- Fundación BAT Colombia

un concurso de música vernácula, sin sospechar que también despertarían la Colombia musical andina y propiciarían el resurgir del bambuco y la guabina, el pasillo y la danza.

Hoy el Festival 'Mono' Núñez es el certamen musical más grande de la zona andina y uno de los más importantes de Colombia junto con el Festival Vallenato. Por su influencia y por la asesoría de gente vinculada a su organización, han surgido treinta y cinco certámenes de música autóctona en los trece departamentos del área cultural. Y, lo más importante, ha permitido que los jóvenes conozcan y se interesen por las canciones terrígenas, al punto de que en Ginebra, en una sola edición del Festival, han llegado a congregarse más de trescientos cantantes y músicos menores de veinticinco años.

Han pasado treinta años, y a lo largo de varios meses Ginebra aún parece un pueblo adormecido, pero durante cuatro días no duerme. Y ya no podrá ser uno más entre los varios pueblitos que forman islas techadas de barro en el inmenso mar de caña dulce que es el valle del río Cauca. Hoy es el Vaticano del bambuco. 🌿